

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año VIII

Mahón 14 de Abril de 1932

Núm. 468

EL ARTE DE CONVERSAR

Por la CONDESA DE LA MERCED

Mi amiga Elvira, al mostrarme—con un orgullo en cierto modo justificado por la tan divulgada vanidad femenina—su tarjeta, preciosa cartulina de dorados cantos, dice con cierto tonillo de suficiencia:

—Como verás, ahora sí que no nos falta un sólo detalle. Tanto Pepe como yo, hacíamos una vida un poquitín absurda... Gastábamos el dinero con cierta impaciencia muy propia de los nuevos ricos, como nos ha bautizado la envidia, sin cuidarnos lo más mínimo de la vida de sociedad; dando la sensación de que carecíamos de amistades... Ahora, ya será otra cosa... Según habrás leído en esta tarjeta, recibiremos los sábados. Es decir; soportaremos el visiteo ridículo, ya que sin duda todo eso hace tanta falta como el dinero... ¡Figúrate la importancia que tendrá para Pepe y para mí una cosa tan sencilla como charlar por los codos durante un par de horas!... Sin embargo, las gentes piensan que eso tiene un mérito tan extraordinario, que han llegado a insinuar ciertas personas que, no todo el mundo está capacitado por mucho dinero que tenga, para recibir visitas conversando con ellas debidamente... ¡Figúrate!

He interrumpido el discurso de mi amiga:

—No creas que vayan muy descaminadas esas personas que tanto te indignan, al pensar así. Y conste, que no quiero suponer con mis palabras que en tu caso tengan una aplicación adecuada sus temores; la antigua amistad que nos une, y la inteligencia de que habéis sabido dar tan claras muestras tanto Pepe como tú, me eximen de más amplia justificación... Pero es el caso, que realmente, es mucho más fácil amasar una gran fortuna en poco tiempo, que improvisar el trato social necesario para conducirse en visita con la debida corrección.

—No estoy conforme contigo... Yo creo, que siempre puede quedar airoosamente una persona ante otra, o ante varias, sólo conque tenga en el peor de los casos, la discreción de saber callar...

—Es bastante peligroso el sistema, querida mía. Tanto se peca en una reunión hablando sin medida, como extrayendo la reserva. Esto último, equivale siempre a crear una atmósfera de violencia, para las personas que arriesgan sus discursos, sin obtener la debida respuesta.

Es algo tan desagradable como guiar recernos en la sombra teniendo ante nosotros una lámpara de potentes rayos, previamente enfocada en el sentido de las personas que nos rodean. Con ello, pretendemos descubrirlo todo, sin arriesgar lo más mínimo... ¡Y a cierta clase de exámenes, nadie se presenta voluntariamente!...

—Pues entonces... será lo mejor seguir la corriente en el tema de que se

trate... De esa manera es bien difícil caer en falta...

—Tampoco en absoluto. No todas las personas que hacen una visita, tienen el tacto suficiente para llevar su conversación por buenos derroteros. De ahí que cuando interviene una persona culta, discreta, y sobre todo educada en el arte de conversar, su misión tenga la trascendencia de apartar los peligros sin que en sus palabras revele el menor asomo doctrinario siempre desagradable.

—Oye:—y perdóname que te interrumpa—eso del arte de conversar, me ha chocado bastante... ¿serás amable, a) extremo de explicarme lo que has querido dar a entender?

—Nada más fácil, aunque en realidad tenga un significado de verdadera extensión, que no debe ser tomado a broma ciertamente.

El arte de conversar, supone un dominio absoluto de todas las reglas de ponderación y medida. Quiere decir, que quien lo posee, nunca se dejará arrebatar por la pasión cuando habla, entablando polémicas forzosamente desagradables; que procurará evitar el peligro de personalizar, hiriendo con una alusión por indirecta que sea, a una persona o cosa posiblemente estimada por los que le escuchan; que nunca empleará frases que supongan impiedad, o falta de reverencia para las cosas sagradas; que no hablará de miembros o lugares del cuerpo mientras éstos no se hallen siempre descubiertos, y que en caso de necesidad, deberá elegir las palabras de mejor sonido para nombrarlos, diciendo *aliento* mejor que *resuello*, y *puerco* mejor que *cochino* y en vez de *cogote* y *pescuezo*, *cuello* y *garganta*, etc.; etc.; que no olvidará el grado de confianza que le une a la persona con quien habla, ni la edad y sexo. Y haríamos interminable la relación de las dificultades que ofrece el arte de conversar, calificativo que tanto ha excitado su curiosidad.

No olvides nunca, que no hay nada tan hermoso para agradar en sociedad, como el uso de la palabra bien meditada, así como tampoco hay cosa alguna que pueda acarrear tantos disgustos, como la palabra, siempre que no sepamos emplearla de noble manera...

¿Quedó convencida mi amiga de la verdad de cuanto la dije? Al despedirnos, me anunció que en nuestra próxima entrevista no dejará de hacerme ciertas preguntas relacionadas con las diferentes clases de visitas que se hacen y reciben entre personas de educación esmerada, ya que su tarjeta, al anunciar un día a la semana para recibir, la obligaba a tomar ciertas precauciones que en principio creyó innecesarias.

ECONOMIA DEL HOGAR

APROVECHE sus prendas usadas; la ropa nunca es vieja por estropearse el tejido, sino porque su color es feo, desteñido o pasado de moda.

Tíntelos cómodamente en su casa, vestirá bien, ahorrará dinero y encontrará verdadero placer usando los tintes domésticos de la acreditada marca

"HOME DYE"

De venta en la Librería de Manuel Sintet Rotger, Plaza del Príncipe 17, Mahón.



Vestido de primera comunión, de voile o tul, adornado con alforzas

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

Una de las cosas que conviene señalar esta primavera es el auge que van tomando los trajes de dos prendas separadas o unidas y cada una de ellas de un color, cosa que está de acuerdo con la tendencia de los conjuntos que hasta ahora se ha venido observando, pero que cada día se precisa más y más, hasta que la moda sufra una nueva variación en sentido diametralmente opuesto.

Así, por ejemplo, se ven combinaciones de rojo y negro, en que la falda emplea este último color y sube, por decirlo así, hasta el cuerpo sobre el que se aplica. Otra combinación es la del azul celeste y el negro; ésta es bastante rara, pero no resulta mal, ni muchísimo menos. Por el contrario, tiene un especial sello de elegancia y de «chic», es preciso tener en cuenta la manera que se utiliza para mezclar los dos colores. Casi siempre se ve que la falda de tono más oscuro va a incrustarse sobre el cuerpo de tono claro o por lo menos más claro.

Claro está que esta nueva idea ha de sufrir ulteriores desarrollos en el sentido de que no ha de limitarse a hacer el cuerpo de un tono y la falda de otro, sino que vamos rápidamente a la combinación de dos colores en un mismo traje, mediante mangas cortadas en el codo, de las que la parte superior será de distinto tono que en el inferior. El verde insinuado entre el brazo y el antebrazo de una manga, siempre tiene un sello agradable, que seduce aún a aquellas mujeres que más gustan de vestir trajes serios.

En los encajes es donde mejor se advierte la aplicación de los dos colores. Así se ve un encaje negro, pero de manera que ambos «coment» de otro verde, o blanco con negro, pero de manera que ambos queden unidos por el mismo punto que los forma. Estas combinaciones en los encajes se prestan a infinitas variaciones y de efectos. También se hacen fajas de colores que contrastan, por ejemplo, color cereza sobre fondo negro, azul, verde, etc.

Otros contrastes se obtienen de distintas maneras, o sea haciendo de modo que las mangas sea por entero de un color opuesto al del traje. A veces, sin embargo, con estas combinaciones, se corre el peligro de llevar un traje que parezca viejo y recompuesto con telas de diferente color. Por esta razón es preciso tener el mayor cuidado de que las combinaciones sean realmente acertadas.

Entre estas últimas podemos citar el conjunto de una falda de color liso, azul marino, por ejemplo, completada por «sweater» de dos colores, marino y azul «roi».

En cuanto a los trajes que llevan abrigo, la combinación es bastante fácil, puesto que basta con poner un abrigo de un color sobre un traje de otro, siempre y cuando se procure la existencia de cierta relación o armonía entre ambos.

Por otra parte conviene tener en cuenta que siempre que se trate de un traje que se deba llevar con frecuencia, no conviene apelar a la combinación de los dos colores, porque en tal caso resulta pesado caracterizarse ya de un modo casi definitivo por los dos tonos que se hayan elegido. Téngase presente, también, que esta moda no puede perdurar mucho, e igualmente conviene recordar que los tejidos de tono liso son los preferidos.

Y, como final, reiteremos nuestro consejo de no caer en la exageración. Es peligroso y muchas veces de mal gusto.

A. D'ENERY

París.

¿Saben las mujeres guardar un secreto?

París, Abril de 1932.

Mucho y malo se ha escrito acerca de la mujer. Los filósofos de todas las escuelas se han ensañado en nosotras y recordar el tono en que algunos de ellos, santos varones, se han expresado, nos llena francamente de horror.

Tienen razón, de una manera general, los detractores de la mujer? Difícil sería contestar de manera rotunda a esta pregunta. También la mujer ha contado en todas las épocas con desinteresados partidarios, que quemaron en su honor mucho, muchísimo incienso. Cabría, pues, responder a aquella pregunta con esta otra: Es la mujer tan merecedora a ser amada como lo creen quienes exaltan sus virtudes? El sentido de esta pregunta neutraliza en cierta forma la intención que los adversarios declarados de nuestro sexo. Lo posible y razonable es que, como entre los hombres, existan mujeres buenas y malas, en mayor o menor grado, y que éstas lo sean, en muchos casos, llevadas, no por su índole, sino por las circunstancias.



Conjunto de fina lana marino y chaleco de shantung blanco

Otra pregunta que cabría formular es ésta: Es la mujer de nuestros tiempos tan frívola o aviesa como se complacen en pintar a la mujer los pensadores de otras épocas. La situación de la mujer en la sociedad moderna ha cambiado bastante y quizás los defectos que adquiera, como productos de la situación dependiente en que permaneció durante tantos siglos, hayan desaparecido al carecer de motivos para subsistir como medio instintivo de defensa.

Entre los pensamientos más injustos recogidos acerca de la mujer, tenemos éste del poeta francés Baudelaire, que dice: «Me asombra que se permita a las mujeres el acceso a las iglesias. Cómo pueden hablar con Dios estas cabecitas insubstanciales y locas?»

Esto supone, sin duda alguna, ligereza de criterio y olvido manifiesto de la historia. Muchas heroínas decididas, constantes y arrojadadas, han existido y tanto en el altar de la patria como en el de la fe la mujer ha sabido ofrecer en sacrificio su vida; ganando las más brillantes batallas a la frivolidad y al instinto. La mujer—madre, hermana y esposa—puede tener y tiene sin duda alguna, sentimientos perfectamente substanciales don la divinidad.

Otros de los falsos testimonios levantados a la mujer es la afirmación de que no es capaz de guardar un secreto. Donosamente La Bruyère fundó este criterio con las siguientes palabras: «Una mujer guarda mejor un secreto suyo que otro que no le pertenezca.» Esto, puede muy bien, ser verdad en muchos casos, porque, por desgracia, la naturaleza humana, dista bastante de ser perfecta. Pero hacerlo extensivo a la mujer en general, equivale a una injusticia. La Bruyère hubiese podido afirmar exactamente lo mismo acerca de los hombres.

Participando de este criterio misógeno, el senador Duplantier ha pedido al Senado francés que impida que las mujeres puedan ejercer los

cargos de notarios, procuradores y «huissiers», so pretexto de que las mujeres no saben guardar secreto. Y esta manera de pensar ha sido adoptada por el Senado, que se niega a que se conceda a la mujer el ejercicio de esos cargos judiciales.

Puede calificarse de sensata esta decisión de la alta cámara? Quizás en otros tiempos, la mujer, considerada como una esclava o un objeto de lujo, pudo entregarse a la maledicencia, desenvolviéndose en un ambiente adverso al desarrollo de su personalidad. Alejada de la vida y reducida a la categoría pasiva de espectador, gastaba sus dilatados ocios en la murmuración. Y los secretos ajenos constituían, naturalmente, el más sabroso y propicio alimento de estas inabarcables charlas de personas que no tenían qué hacer ni de qué hablar.

La mujer de nuestros tiempos se debe a su propia vida y ésta es activa, cálida, dinámica. Su pensamiento y su acción se hallan embargados por preocupaciones más serias, y tiene plena conciencia de su misión y de su responsabilidad. No resulta, pues, pueril, asimilar la mujer contemporánea a la del medioevo o mejor dicho al retrato—más o menos fidedigno—que de la mujer nos han dejado los sabios y poetas del preterito?

MISS ANY

RECETARIO DE BELLEZA

CUANDO LAS PESTAÑAS CAEN

Cuando las pestañas caen sin causa aparente, se lavan, de mañana, con agua bórlica, caliente, usando el vasito óptico. Mediante algodón se secan muy bien, y con una varita de vidrio se untan los párpados con esta pomada:

Vaselina	5 gramos
Aceite de ricino	2 .
Acido gálico	0'05 .
Esencia de lavanda	4 gotas

SE REFRESCA EL ALIENTO

Se refresca el aliento enjugando la boca, varias veces por día, con este líquido:

En medio litro de vino blanco, se echa un buen puñado de romero verde, que se hierve por espacio de quince minutos. Luego se pasa por colador.

EL AMONIACO

El amoniaco es excelente para desengrasar el cabello.

DOCTOR X.

VARIEDADES

TISANAS

Estos medicamentos se preparan por el procedimiento de infusión, por el de cocimiento y por el mixto.

Las tisanas por infusión se preparan derramando agua caliente sobre las flores o las hojas o echándolas en un recipiente que contenga agua hirviendo, el cual se retirará del fuego y se tapará herméticamente en éste como en el anterior.

Las tisanas por cocimiento se preparan dejando hervir los palos, las raíces, los frutos o las se-

millas que se utilizan el tiempo bastante para extraer los principios que se necesitan.

Cuando la tisana se ha de preparar por infusión y cocimiento, se principia empleando este último procedimiento con las sustancias que lo necesitan, y después el primero con las que lo reclaman.

En todos los casos, al terminar, cúbrase lo mejor posible el recipiente y manténgase quieto un cuarto de hora antes de colar y endulzar el contenido, o sea la tisana.

IMITACIÓN DE MÁRMOL

Para que los objetos de yeso tengan la apariencia del mármol blanco se emplea el procedimiento siguiente: Disolver al calor, en agua de lluvia o de río, veinticinco gramos de jabón blanco tratando que se forme agua jabonosa muy ligera, y con ésta se le da un baño al objeto que se va a pulir, cuidando que no se haga espuma.

Cuando el yeso ha absorbido la humedad y está bien seco, se le frota suavemente con un lienzo fino, entonces sacará lustre y la figura de yeso tomará todas las apariencias del mármol más blanco y hermoso.

PERIPLO

Yo, a caballo, navegante,
sobre las olas del mar
encabritado, violento,
sonoro de inmensidad.

Con hélices por espuelas
acelero el cabalar,
tundiendo lomos de monstruos
que en un escorzo genial
forjan las rudas canciones
del viento y la pleamar.

Latigazos que levantan
montes de espuma de sal:
latigazos que chasquean
los canes del vendaval.

Y yo, nuevo domador
de esta jauría brutal:
ensordeciendo los aires,
mi caracola triunfal.
Y tierra?

Sin tierra apenas
en mi augusta soledad.

Sólo pañuelos de adioses,
sobre la curva del mar,
me despiden los remansos
enjinetado al pasar.

ANDRÉS CASASNOVAS

DE COCINA

PARA CONSERVAR LOS TOMATES

Se eligen bien maduros, se lavan y se escurren, se cortan luego en pedazos, y se ponen después a la lumbre en una cacerola de cobre bien estañada. Cuando hayan mermado las dos terceras partes se pasarán por un tamiz a fin de separar la carne de las pepitas; después se volverán a poner al fuego hasta que mermen de nuevo, y fríos ya, se conservarán en botellas bien tapadas.

CONEJO EN PARRILLAS
A LO CAPITAN

Se abre a lo largo después de destripado, y aplanándole con el machete se

le pone en la parrilla rodeado de una hoja de papel dado de manteca. Cuando esté a punto, se quita el papel para servirle mezclado con hierbas finas o con manteca de anchoas si se la tiene a mano.

POT JE DE NABOS

Se mondan y cortan en la forma que parezca mejor, y se cuecen con sal, manteca o aceite, sirviéndolos con una salsa blanca.



Vestido de género de lana azul, con pequeñas mangas globo

Normas de elegancia y trato social

Es indicio de mala educación conservar en la memoria las expresiones desagradables que en ligeros desacuerdos se hayan empleado y echarlas en cara en ulteriores altercados.

La franqueza consiste en decir siempre la verdad, pero no todas las verdades. Decir verdad que ha de causar pena o herir el amor propio de alguno, es indiscreción o grosería cuando no maldad cierta.

Es sumamente impolítico, durante una conversación general, llamar aparte a alguno para hablarle en particular. Y mucho más escuchar lo que otros dos hablan en secreto.

El vestido ajado se puede usar en casa y aun su aseo y limpieza hacen formar buena idea de la persona que lo lleva. Pero el traje roto no es tolerable ni aún en el seno de la familia.

Imp. de M. Síntes Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Mahón



Vestido de jersey color castaño, adornado con un echarpe de diferentes colores. Chaleco de jersey amarillo

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

POR
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(31)

tal exagerado extremo de frialdad la indiferencia con que ambos se miraban. Gloria no merecía el desvío del Conde; y éste hubiese sido más feliz aceptando el cariño fraternal de la muchacha y los dulces consuelos de su desinteresada amistad.

Así estaban las cosas, cuando un día el Conde se decidió a interrogar al médico sobre su extraña actitud... Habían terminado de almorzar. Ardieta estuvo invitado, como casi todos los días festivos. Después del café, Gloria, había cogido silenciosamente su sombrilla y, con unas revistas ilustradas en la mano, se había internado por entre las calles de rosales del jardín, hasta perderse cerca de la escalinata que bajaba al pinar por la parte de Levante. Ardieta la había seguido con la vista hasta que se ocultó de

todo. Fernando, observador perspicaz, no perdió la mirada, ni el suspiro que siguió a ella. Le invitó a acompañarle al pinar y descendiendo cara al mediodía, donde estaba el paisaje preferido del señor de Fenollar, sentáronse muellemente sobre una espesa capa de mantillo... Un silencio solemne les rodeaba. Era domingo y, en los campos en reposo, no sonaba un golpe de azadón, ni se escuchaba un canto. El frío reunía a la gente en las amplias entradas de sus viviendas labradoras.

El Conde de Fenollar, mirando intencionalmente al amigo, díjole medio en broma.

—Pero, vamos a ver, Ardieta... ¿qué tiene usted con la pobre Gloria, para huírle de ese modo?

Quedóse un momento desconcertado el médico ante ataque tan brusco y tan directo. Sin tiempo para urdir una excusa, cosa que, por otra parte, repugnaba a su carácter franco, limitóse a decir sencillamente.

—Nada... Quizás plétora de amor.

—Pues, he ahí lo que no me explico, por qué estando tan ciegamente enamorado de ella no ha provocado usted ya una explicación definitiva.

Ardieta palideció y, con toda su lucidez intelectual reflejada en una mirada límpida y elocuente, preguntó con seriedad extrema.

—¿Cree usted que, sin perjudicar a una tercera persona, en caso de que se me admita, o de ponerme en ridículo si se me rechaza, puedo yo tener con la señorita de Róspide esa explicación definitiva?

A tal punto, Ardieta, que tenía el sentido del oído muy avisado, creyó sentir ruido de ramas movidas blandamente y pasos leves que se alejaban con lentitud. Como la conversación sostenida era lo suficiente delicada para desear la reserva más completa, el joven, muy inquieto, se levantó apresuradamente y apretando con suave precaución las ramas de arbustos y las matas de eglantinas enredadas entre el ramaje, inspeccionó los alrededores. No vio a nadie... Solamente unas pomposas hiedras montesinas se balanceaban ondulantes, como si algún roce extraño las hubiese sacudido. No hacía viento. Ardieta miró intrigado el frondoso confín del pinar... Nada. No se oía, ni se veía un alma. De-

bí ser algún pájaro, quizás un liebre...

Sentóse de nuevo al lado de su amigo que, mirándole con franqueza, le dijo.

—Doctor, no le comprendo a usted.

—Voy a hablar claro, Conde. Al punto que nuestra charla ha llegado es lo mejor. Yo creí siempre, vista la predilección de su madre de usted por Gloria Róspide, que entre ella y Alfonso era cosa convenida el matrimonio de ustedes. En Fenollar hay mucha gente que lo estima y lo considera así. Yo, por mi parte, encontré tan natural este proyecto, sobre todo después de conocerle a usted y estar convencido de que sería un excelente marido para Gloria, que no pensé, ni por un momento, acariciar las fantasías a que me llevaba mi enamoramiento por esa criatura. Muy al contrario, he procurado apartarme de ella, alejar su imagen de mi vista por ver si lograba arrancar esta afición insensata... Usted lo ha visto. Yo creí siempre, esperé siempre que usted, vencido por los atractivos de Gloria, se apasionase de ella... Llegado ese caso, que yo prevenía, y aunque a usted le parezca

una presunción de mi parte, presunción absurda el querer yo compararme con usted, ¿no cree que mi declaración pudiese estorbar la marcha del supuesto proyecto de los señores de Róspide?

—Ciertamente—contestó muy serio el Conde de Fenollar.—Usted vale mucho, incomparablemente más que yo, y dado un caso así, como el que usted presenta en hipótesis, sería un rival temible. Veamos el otro caso.

—¿El otro? Más claro aún. Estando usted enamorado de Gloria y siendo factibles los proyectos que la gente supone... ¿no corría yo, al declararme, un espantoso ridículo?

—Tal vez, sí. Pero voy yo, a mi vez, a contestarle con la franqueza que merece la sinceridad con que me acaba de hablar. No hay ningún proyecto de enlace entre la que puedo llamar mi hermana y yo, ni creo que mi madre se haya adelantado jamás a iniciar tal idea, conocedora de mi carácter independiente, propicio de rebeldía, y más le diré de mi aversión al matrimonio. En cuanto a Róspide... Es hombre harto delicado y altivo para rebajarse a solicitar para su hija